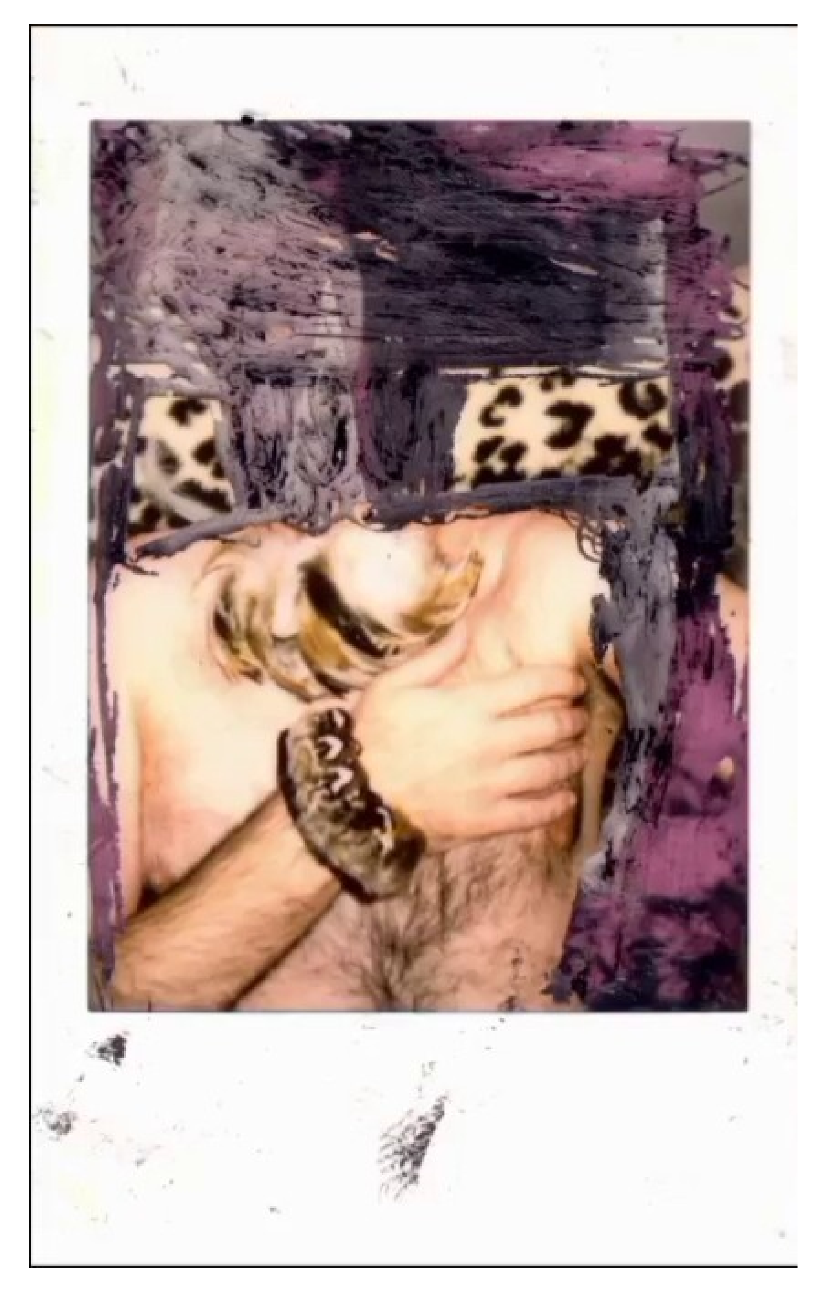
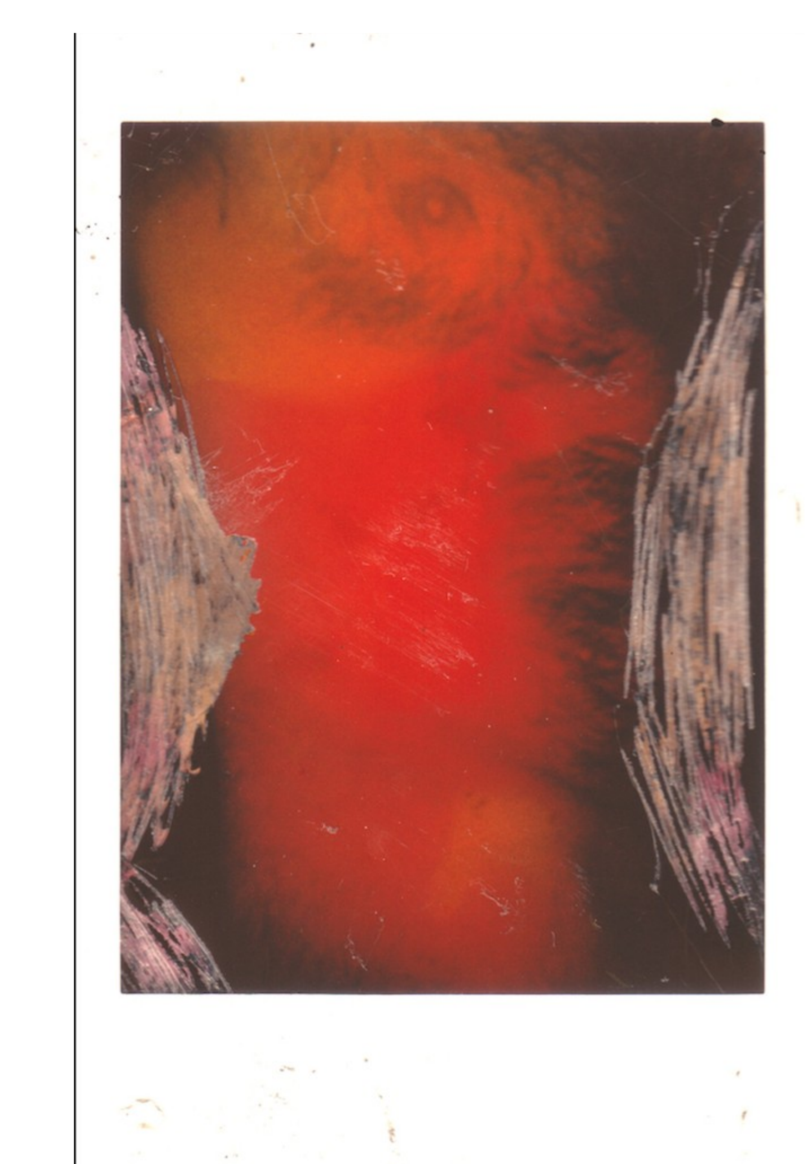


Antonio Palacios Rojo

La vIda sentIda



















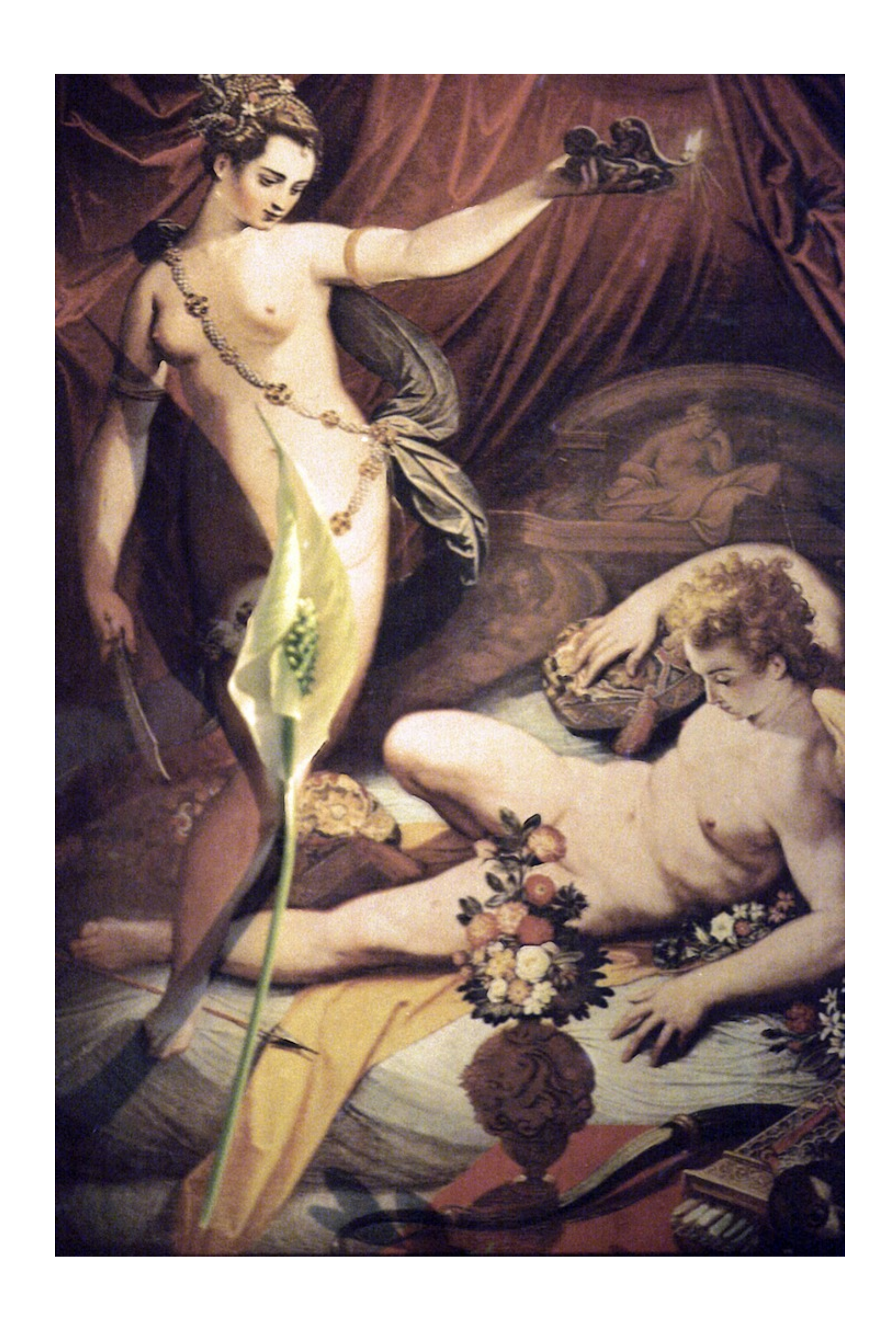










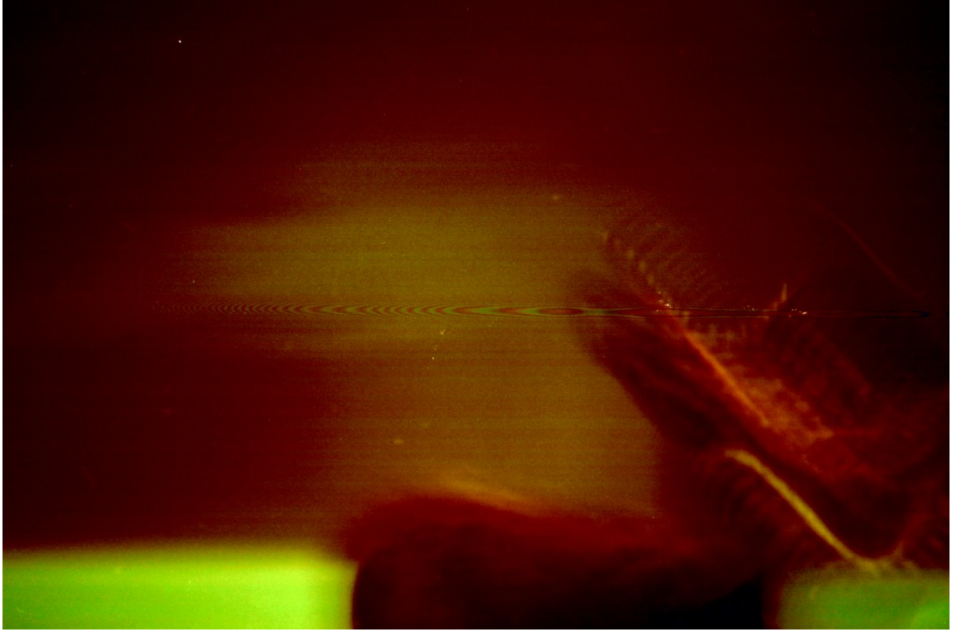




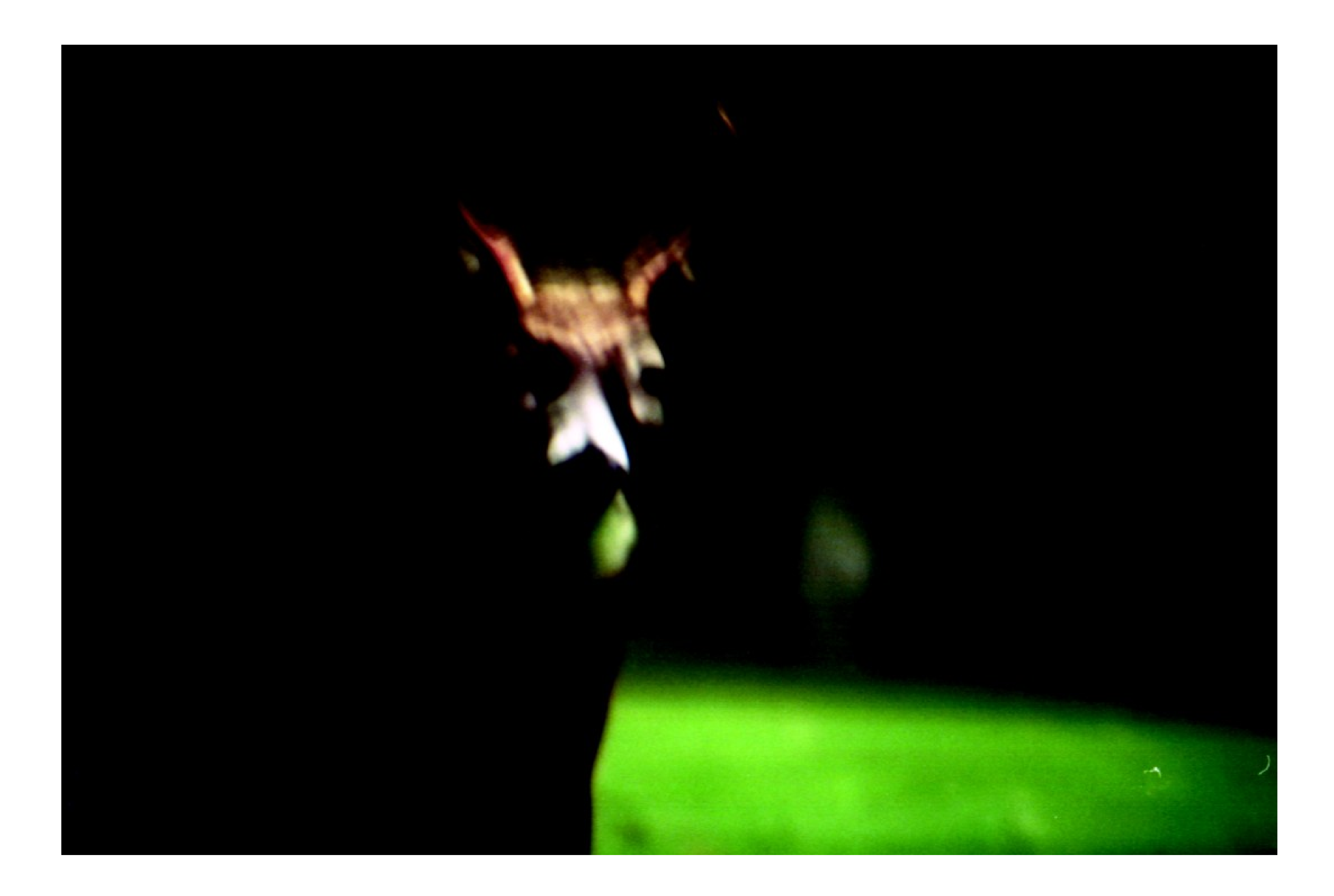




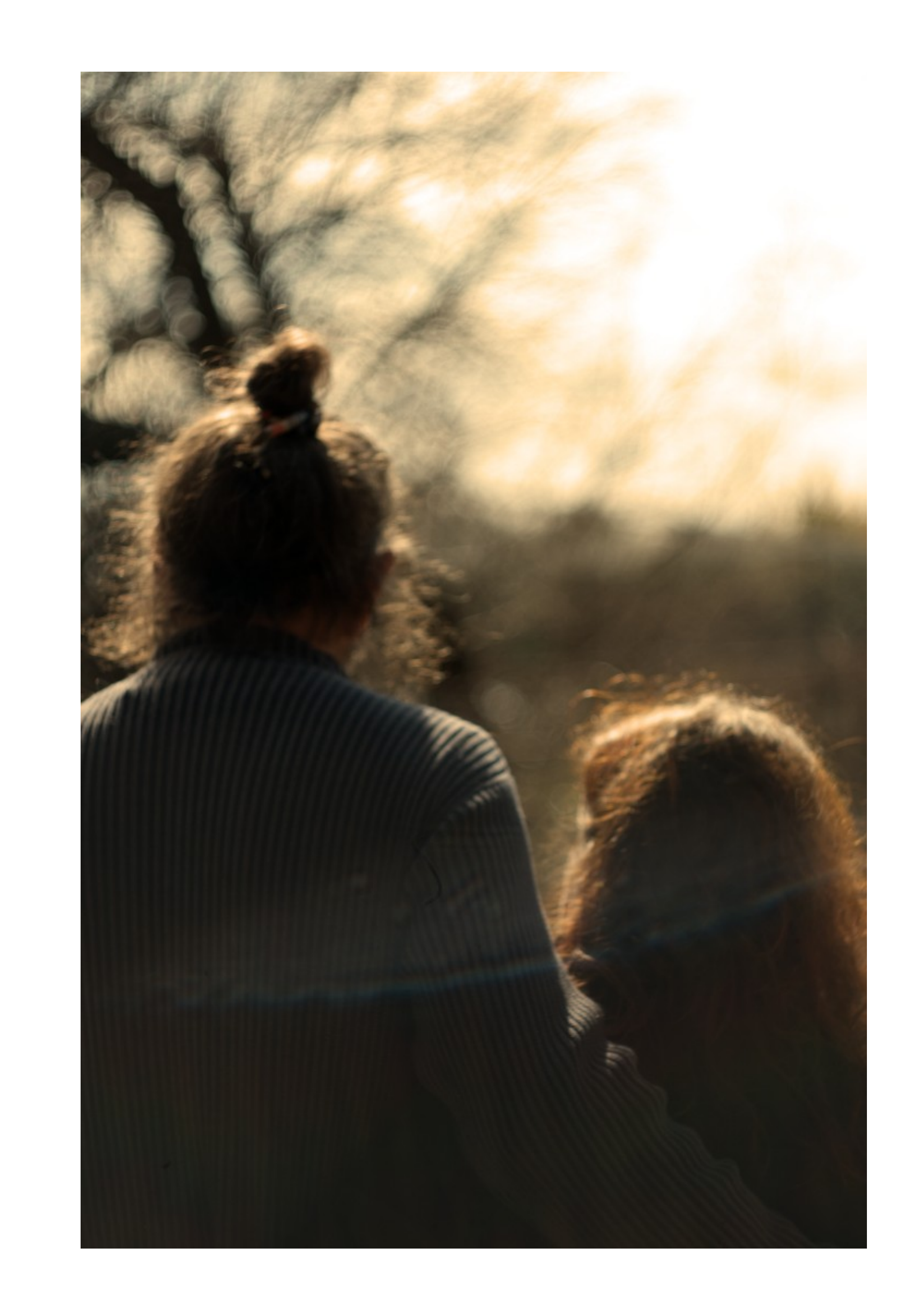




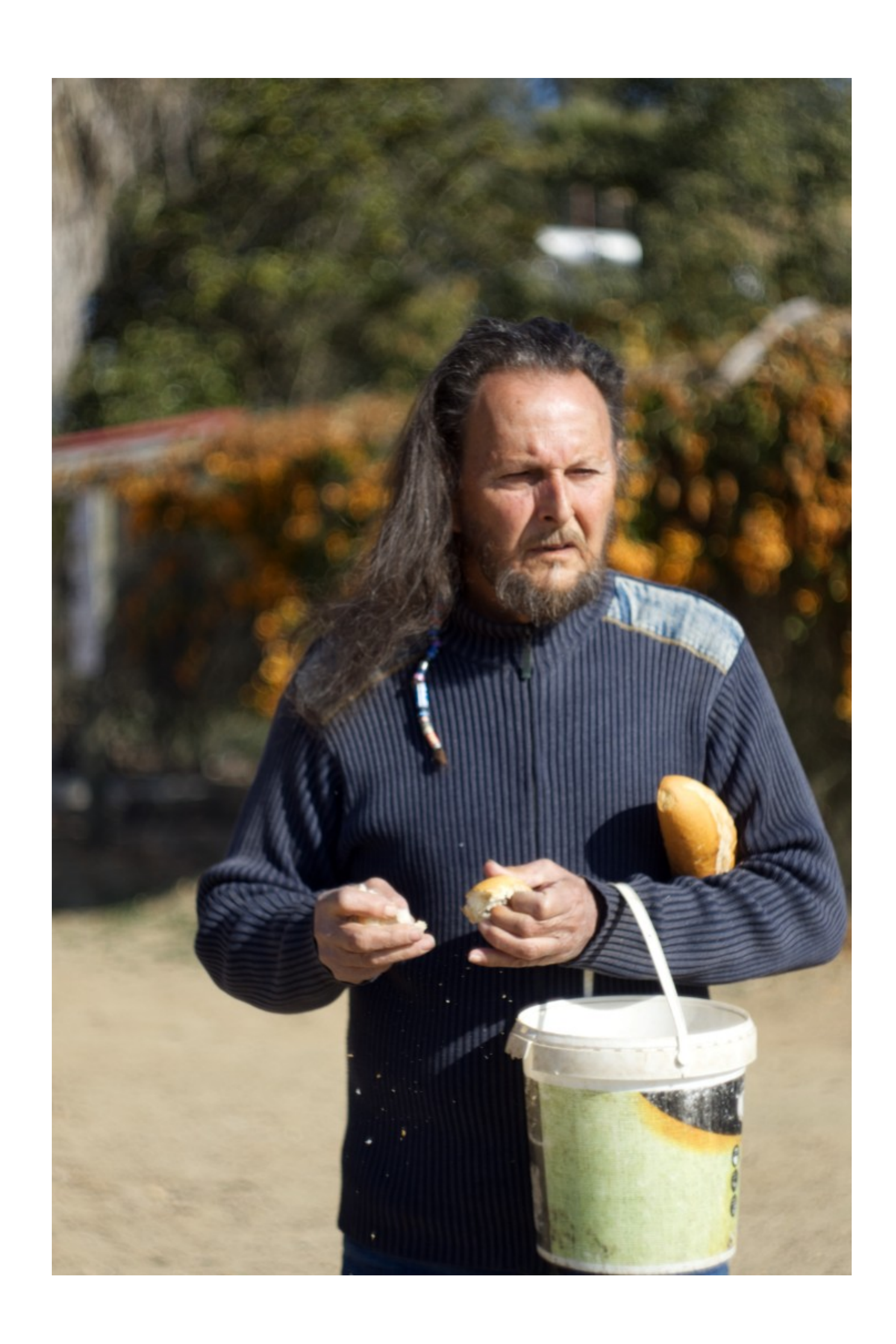












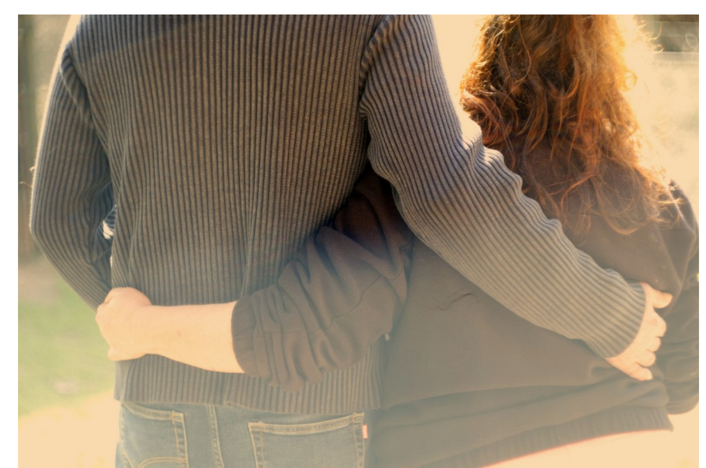


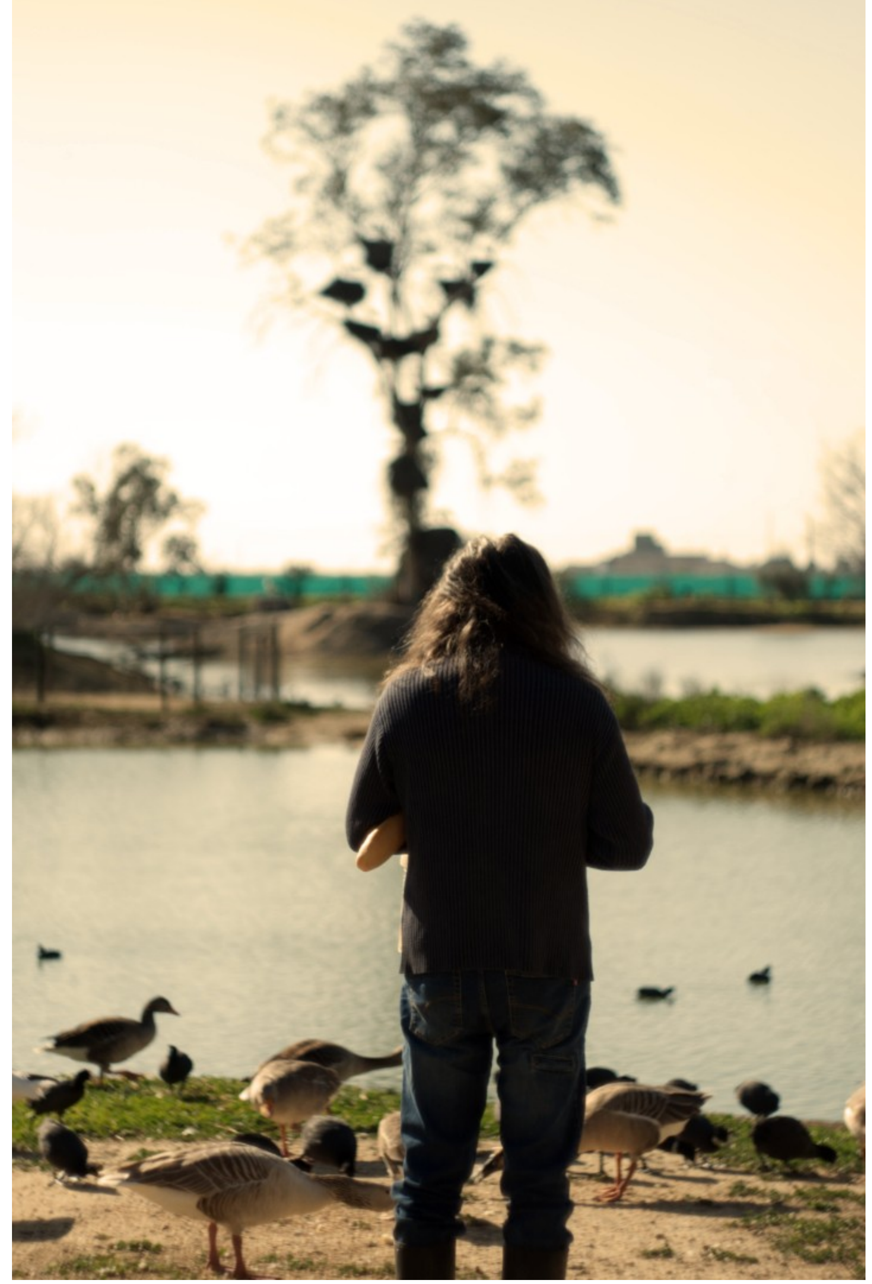




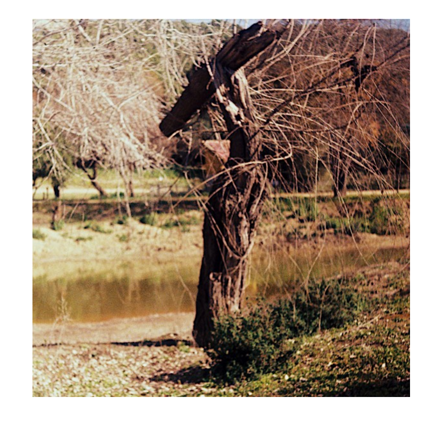


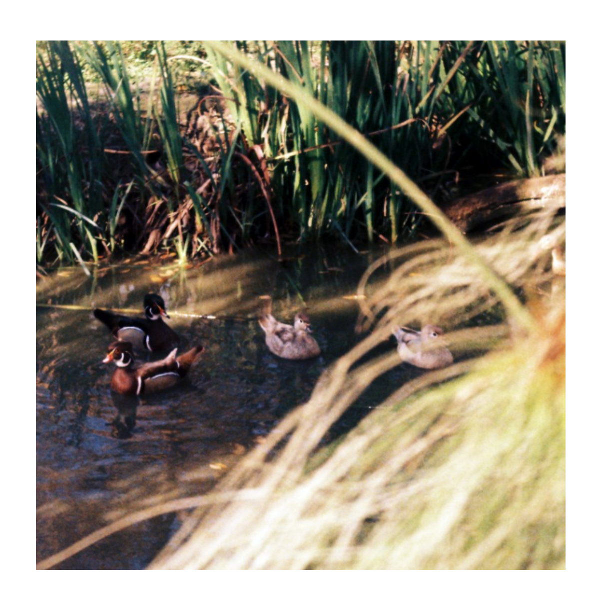


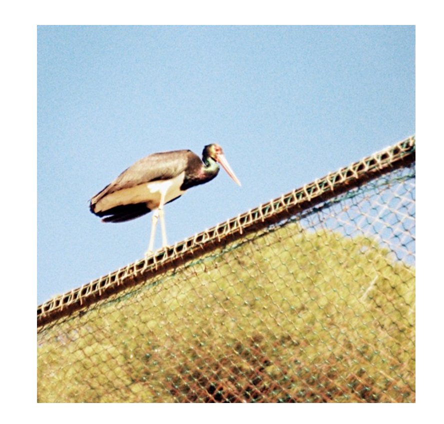





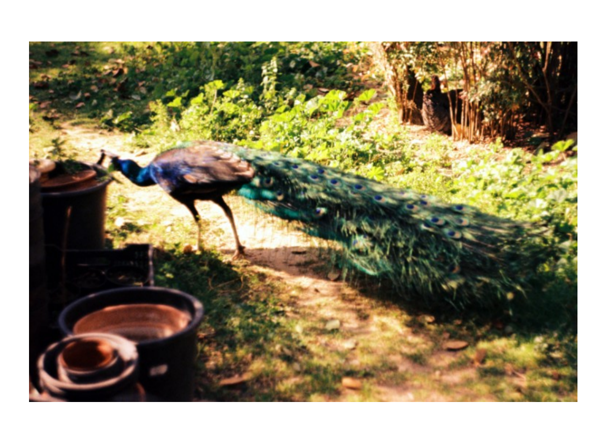
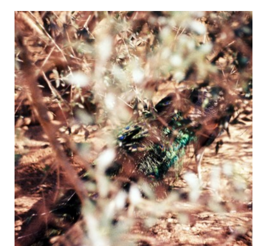





























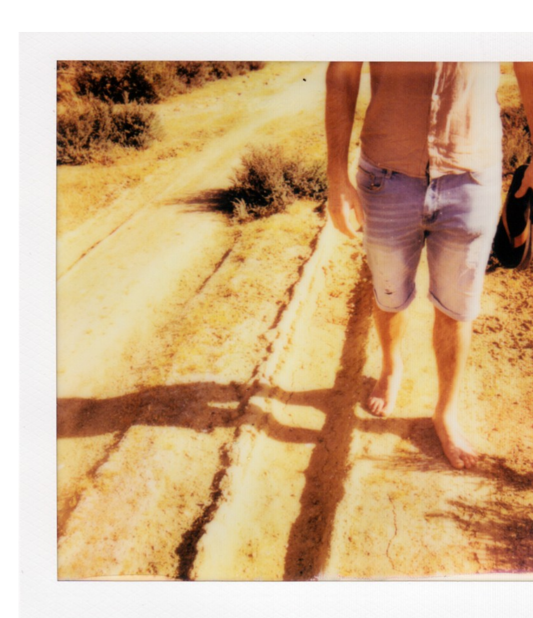


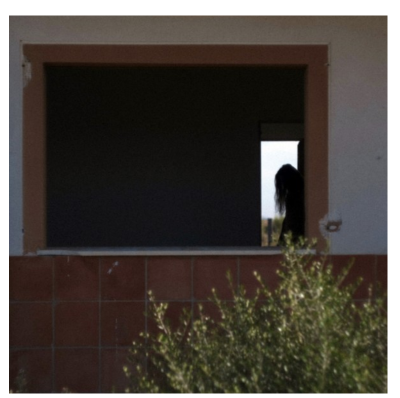


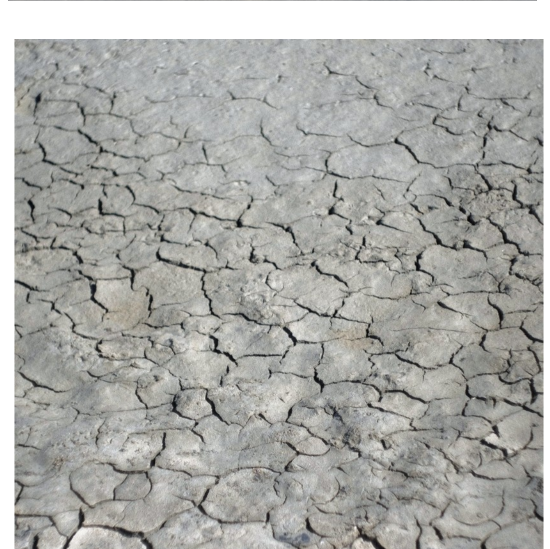


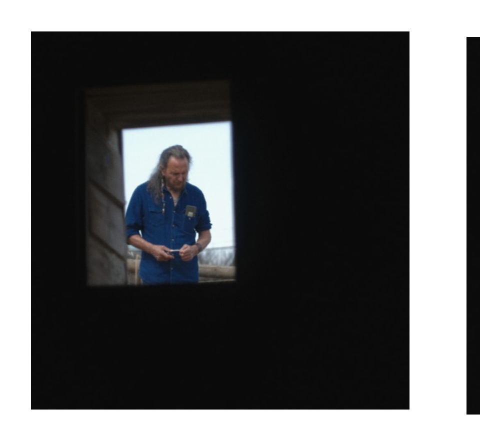
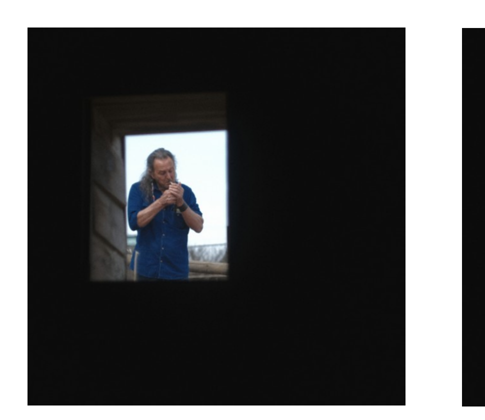
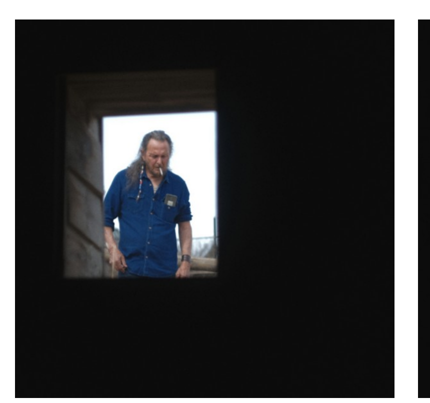
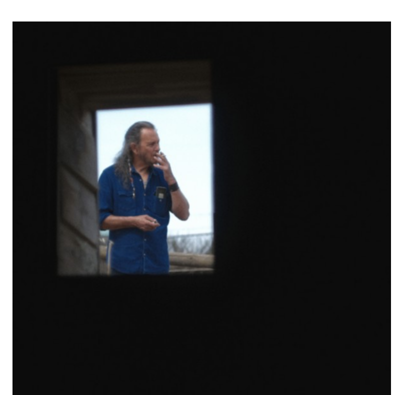

Huerta Tejada

















La vida sentida

La vida sentida es un proyecto fotográfico que cuenta el viaje vital de su autor, Antonio Palacios, desde lo interior, lo mental, hacia la naturaleza. Para ello, usa todo tipo de formatos: la fotografía digital, la "analógica" y la instantánea. También aprovecha gran variedad de estilos, desde lo experimental a lo documental, incluso recurriendo a lo simbólico, del blanco y negro al color. Tampoco hay una unidad a la hora de editar las fotos. Esta variedad quiere dar cuenta del cambio desde un plano más mental, conceptual, a otro más referencial, que refleja el entorno. Su búsqueda culminará con el encuentro con Plácido Rodríguez, uno de los antiguos habitantes de Doñana, un niño salvaje que ha crecido para presenciar cómo el paraíso con el se se fundió ya no existe. De él aprenderá como el unirse con el entorno es una lucha que dura toda la vida.

La vida es sentir. Pero a muchos los sentimientos nos dan miedo. Por eso buscamos experiencias indirectas y frías: una película, un libro, un anhelo. Creemos que la brutalidad de experimentar la felicidad, el miedo, el dolor, de primera mano se quedará fuera de nuestras casas. Así que nos encerramos para que la vida nos pase a cierta distancia. Pero si no has sentido, no has vivido. A menos sentir, menos vivir.

Me he pasado casi toda mi vida encerrado. Primero mirando páginas. Luego, mirando pantallas. Pruebo a construir un puente entre lo muerto y lo vivo.

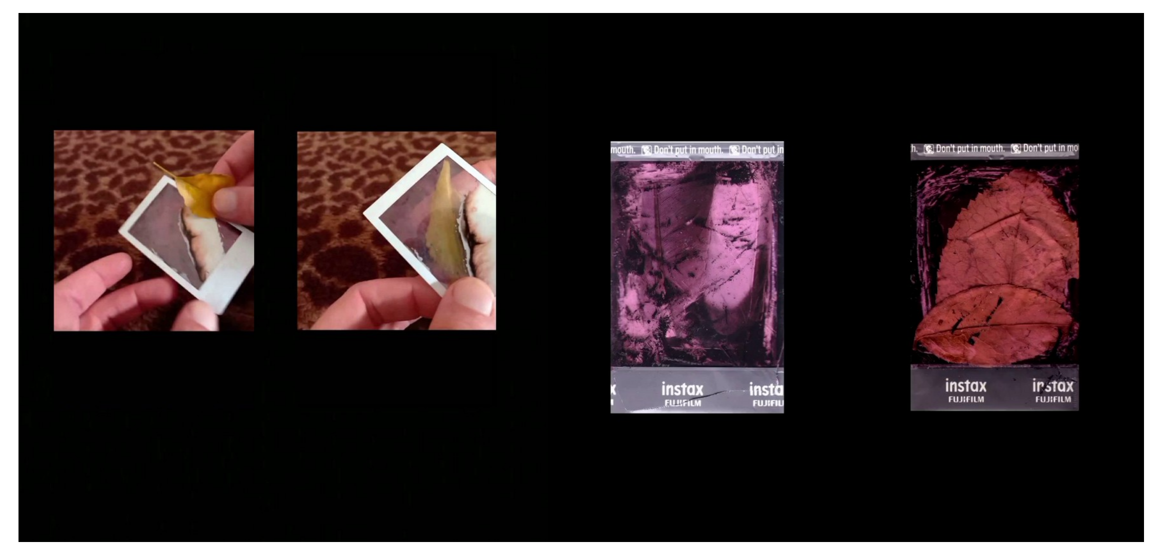
Alguien me dijo que había un artista que se limitada a fotografiar lo que veía en la pantalla de su ordenador. No recuerdo de quién se trata. Pruebo a hacer lo mismo. En el vídeo, un ciervo se mueve de forma brusca. Gracias a la velocidad de obturación, quiero apresar esa vida en movimiento. La imagen fija distorsionada no logra transmitir el golpe emocional de la libertad de movimientos del animal.

Disparo a un cuerpo desnudo que aparece en la pantalla. Luego salgo y disparo a las flores que están fuera. Por último, disparo a la manta estampada con la figura de un tigre que cubre mi cama. Gracias a una triple exposición, todas estas figuras se unen en una sola. Pero aún esa unión me parece demasiado leve.

Leo un poema de Hafez. Saco de él algunas figuras al azar: una copa, un caballo, una llama, una mujer… Las convierto en objetos que puedo tocar, en sombras blancas que puedo ver. Quiero convertir lo sugerido con las palabras en algo que puedo sentir más fuerte, más cerca. Pero el resultado parece extraño y pobre.

Al atardecer, puse una flor sobre la reproducción de un famoso cuadro. Disparé con una lente larga para que pareciera como si estuviera pintada. La posibilidad de mezclar naturaleza y la imagen me dio la idea para el siguiente paso.

Al poner unas plumas, hojas o pétalos detrás de la imagen impresa en pequeñas instantáneas, estos dejaron manchas de colores. Al verlo, me pareció una forma de mezclarme con la naturaleza.



Todo lo que escribes debería recordar al fuego que calienta una casa, al sol que dar de comer a las pieles. Escribí un cuaderno en blanco y varias láminas con una escritura de mi invención que recuerda, quizás, a los paisajes chinos escondidos tras las palabras dibujadas de esa lengua oriental.

Al atardecer, dejé unas páginas escritas con caracteres que nada significan. Deje cerca una rosa y manché sus pétalos con tinta. Me parecía que la lengua escrita manchaba la belleza de lo vivo, que arruinaba lo real.

Quemé todo lo que escribí mientras fotografiaba cómo ardían los caracteres. Gracias a la doble exposición, las llamas parecen no tocar el papel mientras lo consumen todo. Por un momento, lo escrito parecía vivo dentro del fuego. Se transformaba antes de su destrucción.

Me quedé mirando las páginas que sobrevivieron y adiviné el siguiente paso. Las ramas de los árboles, la luz que las traspasa, forman líneas y curvas. Las primeras gentes debieron inspirarse en ellas para escribir los caracteres originales. Todas esas palabras del lenguaje recién nacido dibujaban paisajes sin saberlo. Cae la tarde. La luz del sol ha dejado de brillar para limitarse a perfilar. He decidido no mirar ninguna pantalla, ninguna página más. Observo lo que me rodea a través de la lente. Poco a como, entro en el ahora, me doy cuanto de dónde estoy. Empiezo a vivir mucho más.

Al fin descubro a Plácido, un hombre que fue un niño salvaje en una Doñana que ha muerto. Fue ser inmerso en la naturaleza. Viajo para conocerlo.

“La naturaleza se está muriendo”, me dice Plácido. Estamos sentados en el salón de su casa, mientras los pájaros vuelan libres sobre nuestras cabezas. Al hablar, me da un perfil que recuerda a las siluetas de esos indios que eran masacrados por los héroes blancos en las películas “de vaqueros”. Para contar su historia, mira al frente fijo. He llegado a su Cañada de los Pájaros.

Plácido tiene una visión desencantada de la conservación. Y de la vida. “Este año pasado he sufrido muchas pérdidas de familiares y amigos. Eso ha hecho que se me fuera la alegría, y esa alegría ya no me va a volver al cuerpo. Intento imaginarme el futuro y nada”, me confiesa. Su tristeza viene de una extrema sensibilidad heredada de su madre y de la forma en que se crió.

Plácido creció en la Marisma de Las Nuevas, que formó parte de Doñana a partir de los años 70. “Te puedo decir que en un día de invierno, cuando niño, a esta hora de la mañana estaría con un jersey y nada más. Muerto de frío pero metiéndome al agua y mi madre peleando con nosotros. Porque éramos once hermanos en una isla”, recuerda. “Mi madre, a pesar de ser una persona

humilde, tenía, ella y toda su familia, una gran cultura popular. A pesar de que ella nunca salió de la choza. Pero a pesar del aislamiento y de las necesidades, nos dio, para el tiempo que era, una educación de señoritos", añade.

Mientras da de comer a los animales, intento animarle recordando lo que ha conseguido, pero me reitera que "no he sido nunca una persona feliz porque lo que me rodeaba me preocupaba siempre mucho. Soy una persona afortunada, porque mi sueño he conseguido realizarlo. Pero no una persona feliz, porque no puedo ser una persona feliz cuando hay infelices a mi alrededor. El mal de los demás me afecta muchísimo".

Este niño salvaje estudió gracias al empeño de su madre. Se exilió a Canarias. Cuando volvió en 1986, ya estaba con su compañera Maribel Adrián. "Encontramos este terreno, que era un vertedero, lo compramos y aquí seguimos. Yo tenía muy claro lo que podía ser esto. Pero la realidad superó a mi imaginación. Ha habido meses de tener más de dos mil patos en nuestra laguna".

Plácido se siente orgulloso de haber salvado a especies como la focha cornuda. "Cuando cayó la primera pareja en nuestras manos ya la daban por extinguida. Gracias a nuestra cría, ya se pueden ver en todos los humedales, no sólo de Andalucía, sino de Portugal, Valencia, muchísimos sitios. Pero si me hubiesen ayudado, habría sido mucho mejor".

"Mi padre vio la última pareja de grullas que se criaron en el parque. Parece ser que fue un vecino el que lo alertó. Luego ya no hubo más. Yo no creo en el destino, pero la primera pareja que se crió en esta zona fue una grulla con el ala partida de un tiro. Mi hermano la encontró por El Rocío con el ala arrastrando y me la trajo. Al poco tiempo, llegó un macho y empezaron a criar. Y, más tarde, las grullas fueron al mismo punto del Parque en el que mi padre las había visto criar en su tiempo. Eso es memoria ancestral. Saben de esos sitios por instinto, no por experiencia", me cuenta mientras caminamos.

Plácido es parte de esa memoria de la marisma, de esas criaturas humanas que hicieron de Doñana un ejemplo de cómo vivir conservando el entorno. Porque para sobrevivir tenían que escuchar a la naturaleza. "Doñana, o la vives, o no tienes nada que hacer. Para saber lo que es la marisma, tienes que pasar frío, tienes que pasar calor, tienes que pasar muchas calamidades. Y así enterarte de cómo funciona todo".

Más tarde, viajé con Plácido y su hijo Altair por los límites de Doñana para comprobar los golpes de la sequía y el cambio de ecosistema natural y humano.

Las viviendas de los guardas se perdían en el horizonte con un orden. Se había escogido levantar esos hogares siguiendo las leyes naturales de la marisma. Llegó el dinero y se construyó Huerta Tejada. Es este lugar se quiso unir a todas las casas de los guardas en un barrio residencial. Ahora todas ellas, abandonadas, están habitadas por ratas y depredadores, porque no se escuchó a la voz de la tierra.

Plácido toma los prismáticos. Quiere encontrar el lugar en donde estaba su casa, en la Marismas de las Nuevas. No queda mucho, tan sólo unas paredes que no terminan de caer al suelo. Por eso no ha vuelto a ir allí. Su hijo Altair está a su lado. También busca en el horizonte el origen de su familia. Desde un principio camina descalzo. Quiere sentir la tierra bajo sus pies, algo que no puede hacer en Madrid, en donde trabaja como actor.

Plácido y Altair caminan por lo que parece un camino y que debería ser una vía de agua. Antes por ahí escapaban las aves, navegando hasta el río. Lo que debería estar inundado aún conserva las marcas de haber estado húmedas. Como el rastro que deja la juventud en un rostro, parecen señales de algo remoto que no ha de volver con la fuerza de antes.

El Centro Valverde intenta remedar las chozas que habitaban los pobladores de la marisma. Dentro, los turistas pueden consumir mientras ven cómo, detrás del cristal, los animales disfrutan de una de los pocas balsas cristalinas que quedan. Plácido me dice que "el taraje", el tamariz, plantado alrededor del pequeño lago evita que las aves vayan al lugar. Ellas necesitan ver el horizonte despejado. Pero las ramas verdes lo cercan todo, para darle un toque artificial al lugar.

Altair, sobre el puente que debería cruzar el Guadiamar, divisa el lecho seco del río. Hace unos años, su padre se metía en esas aguas llena de peces, e incluso tortugas.

Plácido se acerca a una de las chozas abandonadas. Según me cuenta, la clave de todo era el tronco que remataba el ángulo superior de este enorme triángulo antes habitado. La paja que lo recubría dejaba fuera de la casa al frío y al calor. El suelo solía ser la misma tierra. Algunos, por dentro, colocaban sacos y luego los pintaban de blanco, para recordarles las paredes de una casa encalada.

Plácido se lía un cigarrillo y se lo fuma. Mientras, se toca el colgante que pende de su cuello. Me aclara que se trata de la diosa de la Marismas, Astarté. La misma deidad venusiana que se adoraba hace siglos en el norte de África, por los fenicios, entre otros. El origen de su culto se remonta al inicio de la civilización, entre los ríos Tigris y Eufrates.

Su hijo Altair sale de dentro de la choza tras comprobar que dentro se puede uno refugiar del calor de este día.

Miro al horizonte eterno de esta planicie. Plácido podía ver muy lejos, acostumbrado a vivir sin obstáculos a su mirar. Muchos kilómetros antes de tenerlos cerca, ya sabía quién venía, tan solo por la forma en la que las siluetas se recortaban a los lejos, por la manera de andar, de cabalgar. También podía escuchar a lo lejos cómo su hermano Manolo cantaba sus coplas, incluso cuando se perdía en la distancia y sólo tenía su sonido. Manolo murió el año pasado. Silencio.

Plácido me hace ver cómo cambia la tierra del paisaje. En la parte de la marisma, se puede ver una riqueza de colores y texturas: el gris del barro, los pardos matojos secos, el verde de los pequeños arbustos, incluso el azul del agua que se mezcla con el del cielo. Mientras lo miro, pasa el ganado. Vuelvo la mirada al otro lado del camino. En donde se cultiva, no hay esa variedad de vida, tan sólo un liso amarillo. Al fondo, dos naves grises.

Por un momento, la presencia de Plácido y Altair, padre e hijo, se funde con el paisaje. Son pobladores originales de las marismas que han sido expulsados del lugar y de su historia oficial, pero no de la memoria ancestral de estos parajes.

Siento una hermandad con ellos, como otro alejado de lo natural. Pero he aprendido que la lucha por fundirse con la naturaleza ha de ser de por vida.

Al fin doy con el paso final de mi camino. Haré que las fotografías que he tomado durante este tiempo sirvan de alimento para la tierra. Quemo las fotos, las reduzco a cenizas

Pincha en el cuadro de abajo para ver el vídeo:



Entierro los restos de mi obra mezclados con abono para que sirvan para dar vida. Al menos, es una solución mejor a la de exponer estos trozos de lo sentido en el ataúd de una galería de arte. Siento que he llegado a mi destino.